

En este cuaderno no hay novedades

A P U N T E S

Tomo V

San José, Costa Rica
15 de Octubre de 1940

No. 44

Si queréis empequeñecer nuestras escuelas,
dadles un carácter práctico o utilitario.

e. j. r.

La utilidad de los conocimientos inútiles

POR EL DR. ABRAHAM FLEXNER ⁽¹⁾

Extractado de un discurso pronunciado en el Instituto Squibb,
el día de su inauguración.

Recuerdo una conversación que tuve hace algunos años con el señor George Eastman, sobre este asunto: utilidad. El señor Eastman, hombre juicioso, benévolo, previsor, dotado de exquisito gusto para la música y el arte, me decía que quería emplear su vasta fortuna en fomentar la enseñanza de cuestiones útiles. Me atreví a preguntarle quién consideraba que fuera el trabajador científico más útil del mundo. Instantánea-

(1) El Dr. Abraham Flexner es Director del Instituto de Altos Estudios, en Princeton, New Jersey. Aun cuando no sea médico, ha hecho tanto como cualquier médico contemporáneo para elevar las normas de la enseñanza médica y también el ejercicio de la medicina a su alta posición actual. El estudio clásico que hizo para la Fundación Carnegie en 1910, condujo a la reforma del sistema de educación médica norteamericana.

mente contestó: «Marconi». Lo sorprendí cuando dije:

—Sea cual fuere el placer que obtengamos de la radio telefonía—y no obstante la enorme contribución que representan para la humanidad la inalámbrica y la radio telefonía—la participación de Marconi en este invento fue casi insignificante.

Nunca olvidaré su asombro en aquella ocasión. Al pedirme explicaciones, le dije:

—Señor Eastman, Marconi era inevitable. El verdadero mérito de todo lo que se ha hecho en el campo de la inalámbrica se debe, si hay alguien a quien pueda atribuirse este mérito intrínseco, al profesor inglés Clerk Maxwell, quien en 1865 realizó ciertos difíciles cálculos relacionados con el magnetismo y la electricidad. Maxwell publicó sus abstractas ecuaciones en un tratado impreso en 1873. En el curso de los quince años siguientes, otros descubrimientos completaron el trabajo teórico de Maxwell. Finalmente, en 1887 y 1888, quedaba aún por resolver el problema científico de descubrir las ondas electromagnéticas que son portadoras de los signos inalámbricos. Dicho problema fue resuelto por Heinrich Hertz, un trabajador del laboratorio de Helmholtz, en Berlín. Ni Maxwell ni Hertz se preocupaban por la utilidad de su trabajo; ninguna idea de esta índole pasaba por su mente. No tenían propósito práctico.

La curiosidad, de la que algo útil se podrá o no obtener, es probablemente la característica sobresaliente de nuestro moderno modo de pensar. Esto no es nuevo. Se remonta al italiano Galileo y a los ingleses Bacon y Newton, y hasta a los griegos, y no debe encontrar estorbos. Las instituciones de enseñanza y de investigación deberían dedicarse a fomentar la curiosidad, y mientras menos se desvíen por consideraciones de aplicaciones inmediatas, mayor será la probabilidad, no sólo de que puedan contribuir al bienestar humano, sino también de lograr con ello la satisfacción no menos importante del interés intelectual.

Vivimos en una época en que nos sentiríamos impotentes sin la electricidad. Si se nos pidiese que mencionáramos el descubrimiento o la invención de utilidad más inmediata y trascendental, todos estaríamos de acuerdo en que fue la electricidad. Pero ¿quién hizo los descubrimientos fundamentales que han iniciado todo el desarrollo de la electricidad en el curso de más de cien años? La contestación es esta: el inglés FARADAY.

Oersted, Ampère y Wollaston ya habían hecho trabajos importantes aunque misteriosos, en el campo de la electricidad y el magnetismo. Faraday salvó las dificultades que habían dejado sin resolver los precursores, y en el año de 1841 había logrado la inducción de la corriente eléc-

trica. Cuatro años más tarde inició una nueva época en su carrera ya brillante, al descubrir el efecto del magnetismo en la luz polarizada. Sus primeros descubrimientos habían conducido a una infinidad de aplicaciones prácticas por medio de las cuales la electricidad ha venido aligerando el peso de la vida moderna y aumentando nuestras oportunidades y recursos.

Sus últimos descubrimientos fueron menos abundantes en resultados prácticos. Pero ¿qué le importaba a Faraday? Nada. En ninguna época de su extraordinaria carrera tuvo interés en la utilidad de lo que hacía. Estaba absorto en desentrañar los enigmas del universo; al principio, enigmas químicos, y más tarde, enigmas físicos. En cuanto a él, nunca se ocupó de la cuestión de utilidad, ya que esto habría restringido su curiosidad inquieta. Es verdad que finalmente su labor resultó útil, pero no fue este el objeto al cual se proponía someter sus continuas experiencias.

Veamos hacia otro rumbo. En el campo de la medicina y la salud pública, la bacteriología ha ocupado el primer lugar durante más de medio siglo. En sus *Reminiscencias*, Waldeyer cuenta que entre los estudiantes que estuvieron con él en la Universidad de Estrasburgo durante su primer semestre, había un joven de pequeña estatura, poco destacado, de unos diecisiete años, que se llamaba Paul Ehrlich. El

curso ordinario consistía en la disección de los tejidos y su examen microscópico. Ehrlich dedicaba poca o ninguna atención a la disección; pero, Waldeyer agrega en sus *Reminiscencias*:

«Noté muy pronto que Ehrlich se quedaba a trabajar durante largas horas en su pupitre, totalmente absorto en las observaciones microscópicas. Su pupitre se llenó pronto de manchas de toda clase de colorantes. Un día que le ví así atareado, fuí a preguntarle qué hacía con tantos colores sobre su mesa. A esto el joven contestó suavemente que «estaba experimentando». «Muy bien», le dije a mi vez: «Sigue experimentando». Pronto comprendí que sin mi enseñanza ni mi dirección, Ehrlich era uno de mis estudiantes de cualidades poco comunes».

No me imagino que la idea de utilidad haya cruzado por la mente de Ehrlich. Estaba interesado: era curioso. Siguió «experimentando», guiado por un instinto profundo, por supuesto, pero el móvil era puramente científico, no utilitario.

¿Qué resultó de ello? Koch y sus colegas crearon una nueva ciencia: la bacteriología. Los experimentos de Ehrlich fueron aplicados por un compañero de estudios, Weigert, para colorar bacterias y con ello ayudar a su diferenciación. El mismo Ehrlich desarrolló el método de colorar la película sanguínea, con aquellos colorantes en los que está basado nuestro cono-

cimiento moderno de la morfología de los corpúsculos rojos y blancos de la sangre. No pasa un día sin que en millares de hospitales, en todo el mundo, se emplee la técnica de Ehrlich para el examen de la sangre. Así, la experimentación sin objeto aparente en la clase de disección de Waldeyer, en Estrasburgo—sin que nadie pudiera esperarlo—llegó a ser un factor primordial en la práctica diaria de la medicina.

No quiero decir que todo lo que se hace en los laboratorios sea eventualmente útil en una forma inesperada, ni que hay justificación bastante en lograr ulteriormente una aplicación práctica. Yo abogo más bien por la abolición de la palabra «utilidad» y por la libertad del espíritu humano. Por supuesto, se malgastarán así muchos dólares, pero lo más importante es que apartemos del espíritu humano las cadenas que puedan sujetarlo.

Nada es el despilfarro que se haya hecho en el desarrollo de la bacteriología, comparado con las ventajas que provinieron de los descubrimientos de Pasteur, Koch, Ehrlich, Theobald Smith y muchos otros; ventajas que nunca habrían resultado si esos sabios hubieren tenido presente siempre la idea de la aplicación práctica. Esos grandes artistas, sabios y bacteriólogos, difundieron el espíritu que imperaba en sus laboratorios y que, según ellos, consistía en seguir la dirección de su propia curiosidad.

A propósito de esto, y dado el ambiente que reina hoy día en el mundo, quizás sea oportuno hacer hincapié en el hecho de que el papel que desempeña la ciencia en hacer la guerra más destructora y más horrible, ha sido un resultado inconsciente y no deseado. Según lo ha declarado Lord Raleigh, presidente de la Asociación Británica para el Adelanto de la Ciencia, la estupidez humana y no la intención del hombre de ciencia es culpable del uso destructor de los elementos empleados en la guerra moderna.

El estudio inocente de la química, que ha conducido a resultados infinitamente benéficos, mostró también que la acción del ácido nítrico sobre sustancias como la bencina, glicerina, celulosa, etc., que ha beneficiado la industria de colorantes de anilina, la industria del celuloide, etc., a la vez produce la nitroglicerina cuyos usos pueden ser buenos o malos.

Al investigar este asunto, Alfred Nobel demostró que si se mezcla la nitroglicerina con otras sustancias, es posible producir y manejar sin peligro explosivos sólidos, entre otros, la dinamita. A esta última debemos nuestros progresos en minería, la perforación de túneles como los que atraviesan los Alpes y otras cordilleras; pero, por supuesto, políticos y soldados han abusado de la dinamita.

¿Cuál debe ser, pues, el espíritu y el programa de acción que determine el curso del

nuevo Instituto Squibb? La respuesta es fácil: La búsqueda de la verdad sin temor ni estorbo, el cultivo sin límite de la curiosidad natural a los seres humanos, dentro del campo de la ciencia.

Indudablemente, los sabios desinteresados han acumulado conocimientos que pueden y deben ser reunidos para aliviar el sufrimiento, como pasó, por ejemplo, con la insulina.

La historia de la Ciencia en el curso de dos mil años demuestra que nadie puede predecir, prever ni proyectar el resultado del vagabundeo mental, sin trabas de ninguna especie, en busca de la verdad y únicamente de la verdad. A los fundadores de este Instituto no les importa que los resultados prácticos sean buenos o malos. Esto es algo que depende del estado de la civilización.

Si podemos predecir el resultado de estos esfuerzos por el espíritu y los ideales que animan a los hombres que han fundado este Instituto y de aquellos que han venido a trabajar en él, podemos prever el advenimiento de un mundo en el cual la paz, la belleza, la salud y todos los demás excelentes factores del espíritu humano determinarán la conducta y el carácter de nuestras vidas.

Por lo tanto, prosigamos nuestra pesquisa en torno de lo inútil y de lo útil, confiados en que, en último análisis, ambos redundarán en beneficio de la humanidad.

El Capitán Scott

POR STEFAN ZWEIG

Resulta Scott uno de tantos capitanes de la marina inglesa. Su vida es de las más vulgares. Sirvió a satisfacción de sus jefes; después se enroló en la expedición de Shackleton. Ningún gesto revela en él al héroe. Su cara es la de millares de ingleses, de decenas de millares; un rostro frío, enérgico, flemático, como envarado por una energía puramente exterior. Los ojos son de un gris de acero, los labios prietos. No posee ninguna línea romántica; no existe ninguna alegría en ese semblante que es todo voluntad y sentido práctico. Su escritura es una escritura inglesa corriente, sin curvas ni rasgos, recia y segura. Tiene un estilo claro y correcto, concentrado en realidades, desprovisto de fantasía.

Scott redacta en inglés como Tácito en latín, un inglés escueto sin adornos ni filigranas. Se advierte en él al hombre que no tiene nada de soñador, al fanático de la objetividad. Un inglés auténtico en el cual, inclusive el genio, todo se comprime en la forma cristalizada del cumplimiento de la obligación.

El marino Scott ha aparecido cien veces a través de la historia de Inglaterra; es quien conquistó la India, las innumerables islas; fue quien

colonizó el Africa y libró batallas contra el mundo. Y siempre lo hizo con la misma energía inmutable, con el mismo rostro frío y hermético.

Una voluntad dura como el hierro; se le adivina ya antes de que realice la hazaña. Scott quiere terminar aquello que comenzara Shackleton. Intenta equipar una expedición, pero sus medios son insuficientes. No pierde el ánimo, sin embargo. Invierte su propio dinero y contrae deudas porque está seguro del éxito que le aguarda.

Su joven esposa le da un hijo, pero él no vacila: como un nuevo Héctor abandona a Andrómaca. Ninguna consideración humana podrá hacer flaquear su voluntad. Se rodea de algunos compañeros, bautiza con el nombre de *Terra Nova* al buque que le ha de transportar al océano glacial, buque extraño, mitad arca de Noé llena de animales, mitad laboratorio moderno con instrumentos y libros, pues debe llevarse todo lo necesario para atender a las necesidades físicas y morales en aquel lugar desierto. Allí se reúnen en confusión los medios de defensa del hombre primitivo—pieles, animales—con los instrumentos más modernos y perfectos.

Fantástica como el barco es la expedición, que ofrece un doble aspecto: el de la aventura y el de una precisión fríamente calculada como un negocio. Es la audacia con todas las previsiones de la prudencia. Es la inmensa confianza

en sí mismo contra la inmensidad todavía más fuerte del Destino.

El 1.º de junio de 1910 parte de Inglaterra.

La campiña inglesa se halla en todo su esplendor; los vergeles se extienden verdes y jugosos, y el sol resplandece sobre un mundo diáfano y límpido.

Impone admirar cómo se alejan de aquella costa. Todos saben que se despiden del calor y del sol para años enteros. Algunos de ellos, tal vez, para siempre. Pero en el mástil del buque ondea el pabellón inglés y los tripulantes sienten consuelo al pensar que llevan con ellos hasta el último ámbito de la tierra no conquistada aún, aquella enseña universal.

*

Arriban en enero; luégo de un corto descanso en Nueva Zelandia, desembarcan en las proximidades del Cabo Evans, en la región de los hielos eternos, y se construyen una vivienda para invernar.

Diciembre y enero son en aquellos parajes los meses de verano; en ellos el sol luce un par de horas al día en lo alto de un blanco cielo plateado.

Los muros de la casa son de madera, lo mismo que en las anteriores expediciones, pero en el interior pueden observarse los progresos de la técnica. Los antecesores se veían obliga-

dos a permanecer en la penumbra, a la luz de las lámparas de aceite, de llama vacilante, mortecina y apestosa; hastiados de sus propios semblantes, hartos de la monotonía de los días sin sol. Estos hombres del siglo XX disponen del mundo entero entre sus cuatro paredes; disponen de toda la ciencia condensada. Una instalación de carburo proporciona luz blanca y cálida; el cine les ofrece las visiones de las lejanas tierras, escenas tropicales, parajes templados; una pianola les brinda su música, un fonógrafo les reproduce la voz humana, una biblioteca les ofrece los adelantos de la época. En una de las habitaciones teclea la máquina de escribir, otra sirve de cámara obscura y en ella son revelados los clisés cinematográficos y las fotografías en color.

El geólogo estudia la radioactividad de la piedra, el zoólogo descubre nuevos parásitos en los pingüinos que ha cazado. Las observaciones meteorológicas alternan con los experimentos físicos. Cada uno tiene asignada su labor en aquellos meses de obscuridad, y un método inteligente convierte las observaciones de cada uno en enseñanza colectiva. Los veinte hombres tienen, todas las noches, conferencias y cursos universitarios, entre las masas de hielo, sumidos en el frío polar. Cada uno se esfuerza en comunicar su ciencia a los demás, y, mediante las

discusiones y controversias, va acumulándose en ellos un criterio del mundo y de la vida.

En el seno de un mundo elemental y primitivo, aislados, fuéramos de la marcha del tiempo, veinte hombres cambian entre sí los últimos resultados del siglo XX, espiando no sólo la hora, sino el segundo, en el reloj universal.

Interesa leer cómo esos hombres graves celebran ingenuamente la fiesta del Arbol de Navidad; cómo disfrutan con sus bromas inocentes del *South Polar Times*, el periódico humorístico editado por ellos; cómo lo trivial—la aparición de una ballena, un animal que se despeña—se convierte en un acontecimiento, mientras que lo grandioso—la aurora boreal, el frío terrible, la inmensa soledad—se convierte en lo habitual y lo corriente.

Por este tiempo se aventuran en pequeños reconocimientos. Prueban sus trineos—automóviles, aprenden a esquiar, amaestran los perros, construyen un depósito para el largo viaje. Y, mientras, las hojas del calendario caen lentamente una tras otra, hasta el verano—en diciembre—en que el barco, salvando los hielos, les traerá noticias de su patria.

Pequeños grupos atrevidos realizan cortas excursiones, desafiando los espantosos rigores del invierno. Se va adquiriendo experiencia.

No todo pasa siempre satisfactoriamente, pero los tropiezos engendran nuevo valor. Al

volver de las expediciones, helados y rendidos, encuentran caras alegres y un fuego brillante que los reanima, y aquella vivienda situada a los 77 grados de latitud les parece, después de las privaciones, el refugio más delicioso del mundo.

Cierto día, una expedición que había salido en dirección Oeste, volvió con una novedad que produjo en la casa gran inquietud: durante las exploraciones había sido descubierto el campamento de invierno de Amundsen.

Así Scott se enteraba, de improviso, de que, además del hielo y de los peligros, había alguien que le disputaba la victoria de ser el primero en arrebatarse el secreto a la región que obstinadamente guardaba su misterio. Estaba allí el noruego Amundsen.

Scott consulta el mapa y advierte que el cuartel de invierno de Amundsen se halla situado ciento diez kilómetros más vecino del polo que el suyo. Scott siente inquietud, pero no se descorazona. Escribe con orgullo en su diario: «¡Adelante, por el honor de mi patria!».

Una sola vez figura el nombre de Amundsen en las anotaciones de Scott; pero se comprende claramente que, a partir de aquel día, una sombra de inquietud flota sobre aquella solitaria casa rodeada de hielos.

Nunca pasará una sola hora sin que aquel nombre turbe su sueño y su existencia.

*

A una milla de la cabaña, en la cima de una colina, hay un puesto de guardia permanente. En aquella altura solitaria se ha instalado un aparato que parece un cañón dirigido contra un enemigo invisible. Es un aparato destinado a medir las calorías del sol que se va aproximando. Cada día se consultan con impaciencia los resultados.

En el cielo de la mañana aparecen ya las nuevas maravillas fulgurantes del sol, pero el disco de fuego no se decide aún a remontarse sobre el horizonte. El firmamento se llena ya, sin embargo, de mágica luz que satura de placer a aquellos hombres inquietos.

Cierto día suena el teléfono anunciando que el sol se ha elevado. Por primera vez, después de meses y meses, ha levantado el sol su disco en la noche invernal, en el lapso de una hora. Su brillo es débil, su palidez extrema; su luz apenas anima el aire helado; sus ondas vacilantes dejan una huella casi imperceptible en el registro del instrumento. Pero su aparición ha hecho latir todos los corazones.

Se disponen febrilmente los últimos preparativos. Es preciso aprovechar, sin perder un segundo, aquel breve espacio de luz en el que se concentran la primavera, el verano y el otoño.

A la cabeza de la expedición zumban los

trineos—automóviles. Siguen los trineos conducidos por yeguas siberianas y jaurías.

La ruta ha sido cuidadosamente dividida en etapas, y cada dos jornadas se establece un depósito que tendrá por objeto proporcionar, al regreso, vestidos, provisiones y, principalmente, petróleo, calor concentrado en medio de los hielos eternos. La caravana marcha completa, aunque regrese en grupos menores, formando el último grupo el de los elegidos, el de los conquistadores del polo, que tendrá que llevar el máximo de carga y dispondrá de los animales de tiro más resistentes y de los mejores trineos.

El plan ha sido trazado de mano maestra. La posibilidad del fracaso ha sido prevista con todo detalle.

Las contrariedades no tardan en presentarse. A los dos días de viaje dejan de marchar los trineos a motor, y tienen que ser abandonados como un lastre inútil. Las yeguas no logran el rendimiento que se podía esperar, pero, a pesar de esto, el instrumento orgánico triunfa sobre el técnico, pues los animales que no pueden resistir son rematados y resultan para los perros un excelente alimento, manantial de energía y de calor.

El primero de noviembre emprenden la travesía por grupos aislados. Puede contemplarse en las fotografías la admirable caravana compuesta al principio por treinta hombres, después

por veinte, luégo por diez y al final por cinco, marchando a través del blanco desierto en un lugar virgen e inanimado.

Al frente marcha siempre un hombre envuelto en pieles, un sér de aspecto salvaje, que lleva solamente descubiertos los ojos y la barba. La enguantada mano sujeta el ronzal de una yegua que arrastra un repleto trineo. Sigue otro, con la misma indumentaria, en idéntica postura, y luégo otro y otro, hasta veinte puntos negros en línea oscilante, destacándose en la inmensidad de la deslumbrante llanura.

Durante las noches se agazapan en las tiendas, al abrigo de las paredes de nieve construidas contra la dirección del viento, con objeto de proteger a las yeguas, y a la mañana siguiente se reanuda la marcha monótona a través del aire glacial, del aire virgen que, después de miles y miles de años, es aspirado por primera vez por los pulmones del hombre.

La preocupación va en aumento. El tiempo no es favorable. En vez de los cuarenta kilómetros calculados, con frecuencia no pueden recorrer más de treinta, pese a que cada día es un tesoro, porque saben que en aquella soledad hay otro sér invisible, que marcha por distinto camino, pero que se dirige a la misma meta.

El incidente más insignificante resulta un gran peligro. Un perro que se escapa, una yegua que se desvía, son motivos de angustia en

aquellos parajes desolados donde los valores se invierten del modo más horrible. Allí todo ser vivo tiene un valor que no se puede medir, pues no puede ser substituido. De los cascos de una yegua depende quizás la inmortalidad. Una tempestad puede hacer fracasar una hazaña que será perpetuamente gloriosa.

El estado físico de los expedicionarios comienza a resentirse. Algunos sufren deslumbramientos causados por la nieve, a otros se les hielan los miembros. Las yeguas van perdiendo fuerzas rápidamente, y al llegar a las proximidades del glaciar de Beardmore se desploman todas a la vez. Es preciso cumplir con el deber de dar muerte a los valientes animales que en aquellas soledades han sido, por espacio de dos años, verdaderos amigos. Todas eran conocidas por sus nombres y tratadas cariñosamente.

A aquel campamento trágico le dieron el nombre de «El Matadero».

Una parte de la expedición se separa en aquel sitio sangriento y retrocede hasta la base, mientras que la otra parte se apresta a realizar el último esfuerzo, a emprender el terrible camino a través del glaciar, peligroso muro de hielo que rodea al polo y que sólo el ardor apasionado de la voluntad de un hombre puede quebrar.

En cada día las distancias que recorren son más cortas. La nieve es allí hiriente como el granito. El duro cristal de hielo corta las ma-

deras de los trineos, las arenas heladas hieren los pies.

Pero ellos no desmayan. El 30 de diciembre llegan al grado 87 de latitud, al punto más alto que llegó Shackleton.

Desde allí retrocede el último grupo. Únicamente cinco elegidos deben acompañar a Scott al polo. El jefe elige a su gente. Los que no son admitidos no se atreven a protestar, pero sienten la pesadumbre de tener que regresar cuando se hallan ya tan próximos al objetivo, abandonando a los compañeros la gloria de ser los primeros que hayan visto el polo.

La suerte está ya echada. El último apretón de manos, un esfuerzo varonil para ocultar la emoción que les embarga, y los dos grupos se dividen. Son dos diminutos, miserables convoyes; el uno se dirige hacia el Sur, hacia lo desconocido, el otro hacia el Norte. Ambos se vuelven sin cesar en una mirada de despedida a los amigos entrañables. Rápidamente se desvanecen las últimas siluetas.

Los cinco héroes marchan ya solos hacia lo desconocido: son Scott, Bowers, Oates, Wilson y Evans.

*

Las anotaciones de esos últimos días encierran una gran inquietud. Oscilan como la aguja de la brújula, temblorosas, al acercarse al polo.

«Nuestras sombras emplean un tiempo inter-

minable para pasar de nuestra derecha a nuestro frente y luégo seguir avanzando hasta situarse a la izquierda».

La esperanza amaga ante ellos. Scott anota con vehemencia las distancias recorridas.

«Sólo faltan 150 kilómetros para llegar al polo. Si la cosa sigue así, no lo resistiremos».

Dos días después inserta:

«Faltan aún 137 kilómetros hasta el polo. Serán verdaderamente difíciles».

Luégo, de pronto, un grito de victoria:

«¡Sólo faltan 94 kilómetros! Si no lo alcanzamos, habremos llegado de todos modos muy cerca».

El 14 de enero ese anhelo se convierte en certeza:

«¡No faltan más que 70 kilómetros! ¡La meta está ante nosotros!».

Al día siguiente las notas respiran alegría manifiesta:

«¡Sólo unos miserables 50 kilómetros! ¡Hay que llegar, cueste lo que cueste!».

En esas líneas inspiradas, úno comprende hasta qué punto, en lo más recóndito del corazón, la esperanza mantiene la ansiedad de aquellos seres. Se advierte que sus nervios se estremecen de deseo y de impaciencia. El botín está cercano. Los brazos se tienden para apoderarse del último secreto de nuestro planeta.

Un último esfuerzo y la finalidad habrá sido lograda.

Alegremente Scott anota en su diario: «16 de enero. La mejor disposición de ánimo».

Aquella madrugada partieron más temprano de lo acostumbrado. La impaciencia les sacó de los sacos-cama. Sienten avidez para admirar, cuanto antes, el secreto, aquel secreto de inmensa belleza.

Marchan 14 kilómetros sin desmayo, hasta el mediodía; avanzan a paso largo a través del blanco desierto sin vida. La meta será alcanzada, no cabe duda. La hazaña decisiva para la humanidad está ya casi lograda en su propósito. Cuando de pronto uno de los expedicionarios, Bowers, da señales de inquietud. Su mirada se clava ardiente en un diminuto punto oscuro que se vislumbra en la inmensidad de aquel campo de nieve. No se anima a exteriorizar su sospecha, pero ya en el corazón de todos se agita la misma duda terrible: la idea de que otra mano humana haya podido plantar allí su marca.

Pretenden tranquilizarse con especiosas reflexiones—de la misma manera como Robinson se empeña, en vano, en persuadirse de que la huella que ha descubierto en la isla es la de su propio pie—. Se dicen que será talvez una grieta del hielo, talvez un reflejo. Tratan de engañarse mutuamente, pero todos conocen ya la verdad sin duda posible.

¡El noruego Amundsen ha llegado antes al polo!

Rápidamente se desvanece la última incertidumbre ante el hecho positivo de una bandera negra atada al árbol de un trineo clavado en el suelo ante los restos de un campamento abandonado. Varas de trineo y huellas de perros. Amundsen ha acampado en el mismo sitio.

Aquello que la humanidad ha considerado grandioso, incomprendible, se ha realizado ya. El polo de la tierra inviolado por espacio de miles y miles de siglos, nunca contemplado por el ojo humano, acaba de ser descubierto dos veces en el lapso de un pequeño instante de tiempo, con una diferencia de quince días.

Estos son los segundos—retrasados un triste mes entre millones de meses—los segundos de toda una humanidad para la cual el primero lo es todo y el segundo no se tiene casi en cuenta.

Fueron vanos todos los esfuerzos, estériles las privaciones y locas las esperanzas!

«Todas las penalidades, todos los sacrificios, todos los sufrimientos, ¿de qué han servido?»—expone Scott en su diario—. «No han sido más que sueños que acaban de desvanecerse».

Angustiado, Scott solloza; a pesar de su inmensa fatiga, no consigue conciliar el sueño en toda esa noche.

Rotos, perdida toda esperanza, reanudan como condenados la última etapa que ha de conducirles

al polo que ansiaban conquistar. No intentan consolarse recíprocamente y marchan silenciosos.

El 18 de enero arriban al polo Antártico el capitán Scott y sus camaradas, y como la hazaña de haber sido los primeros ya no ciega sus ojos, con triste visión contemplan el desolado paisaje.

«Nada se ve aquí, nada que se distinga de la espantosa monotonía de estos últimos días». Esta es toda la descripción que da del polo sir Roberto F. Scott.

La única particularidad que allí descubren no es obra de la naturaleza, sino de una mano rival: la tienda de Amundsen con la bandera noruega que flota insolente y victoriosa encima de la vencida fortaleza que había retado a la humanidad.

Una misiva del conquistador espera allí al ignorado segundo que alcance después que él aquel sitio. La carta solicita que sea comunicada la nota al rey Haakon de Noruega.

El capitán Scott se hace responsable del penoso deber y se impone cumplirlo fielmente. El deber de testimoniar ante el universo una hazaña a la que él también había aspirado con todo el ardor de su alma.

Izan doloridos la bandera inglesa, la «Union Jack», al lado del emblema victorioso de Amundsen.

Más tarde abandonan «el paraje infiel a su ambición», seguidos por un viento glacial.

Una angustia profética aconseja a Scott esta frase que inserta en su diario:

«Temo por el regreso».

*

A la vuelta los peligros se aumentan. Durante su marcha hacia el polo les guiaba la brújula. Ahora, mientras vuelven, deben tener en cuenta otra circunstancia: la de no perder sus huellas, no perderlas ni una sola vez en varias semanas para no alejarse de los depósitos donde se encuentran provisiones, vestidos, el calor condensado en forma de unos cuantos galones de petróleo.

Inquietos, al dar un paso les asalta por eso una terrible inquietud, sus ojos se ciegan por las ráfagas de nieve. No ignoran que cualquier error conduce a una muerte segura. Han perdido el vigor acostumbrado que les sirvió de reserva en su travesía hacia adelante. Contaban entonces con las calorías proporcionadas por una abundante alimentación. El resorte de acero que mantenía sus pechos en tensión, se ha quebrado. En sus avances había una esperanza ultraterrena. Esta satisfacción daba a sus energías, heroicas proporciones. La consciencia de una proeza inmortal les llenaba de sobrehumano coraje.

Ahora ya no luchan más que para defender su vida, en un regreso sin gloria que, en el fondo de su alma, quizás temían más que deseaban.

La lectura de las notas escritas aquellos días produce una terrible impresión. El viento sopla traidor, el invierno se ha anticipado antes de lo esperado, la nieve blanda se endurece, rompe el calzado, aprisiona los pies, y la vuelta se hace muy dificultosa. El frío enerva los agotados cuerpos. Viene una exclamación de alegría en toda ocasión que, después de un penoso camino, consiguen llegar hasta un depósito. Entonces las palabras fluyen con una escasa llama de esperanza.

Ningún acto revela de un modo tan elocuente el heroísmo espiritual de aquellos seres sumidos en la angustiosa soledad, como el hecho de Wilson, el naturalista, continuando cerca de la muerte sus investigaciones científicas y arrastrando su propio trineo cargado con todo lo necesario y aumentado con 16 kilos de piedras raras halladas por el camino.

Paulatinamente, no obstante, aquel singular hombre sucumbe en la contienda contra el supremo poder de la naturaleza despiadada en aquellos parajes, que hiere con la fuerza acumulada durante miles de años a aquellos cinco valientes y precipita contra ellos todos sus formi-

dables recursos destructores: viento, frío, hielo y nieve.

Sufren hace días los pies llenos de llagas, y los cuerpos mal alimentados por una única comida diaria caliente, se van debilitando, comienzan a decaer.

Los camaradas observan con terror que Evans, el más fuerte entre todos, comienza a comportarse raramente. Se queda rezagado, se lamenta de dolores reales y de males imaginarios, tiembla, sostiene monólogos extravagantes. A causa de las penalidades sufridas ha enloquecido. ¿Qué hacer de él? ¿Abandonarle en aquel desierto de hielo? De ningún modo; es necesario llegar sin tardanza al depósito más cercano; de lo contrario... Scott vacila en escribir la frase.

El 17 de febrero, a la una de la mañana, expira el oficial infortunado a una jornada breve del campamento «El Matadero»; allí por primera vez encontrarán comida más nutritiva, suministrada por la carne de las yeguas que meses antes se vieron obligados a sacrificar.

Nuevamente los cuatro comienzan la marcha, mas—¡oh fatalidad!—el depósito encontrado les proporciona una dolorosa y amarga desilusión. Conserva muy escaso petróleo, lo que revela que deben economizar lo más indispensable, el calor, el arma eficaz y defensora contra el hielo.

Congelados en el frío intenso, en la noche

glacial, levántanse, no pueden sino esforzadamente ponerse las botas. Pero reanudan la marcha. Oates se ve obligado a arrastrarse, sus pies están helados.

Azota el viento cada vez más furioso, y al llegar a otro depósito, el día 2 de marzo, la desilusión se renueva; el combustible tampoco alcanza.

Comienza desde este momento la angustia, que hace vibrar todos los corazones.

Se advierte el sacrificio de Scott para disimular su horror. Pero, a cada instante, se presume el grito agudo de la desesperación a través de las palabras contenidas: «Esto no puede continuar»; o más bien: «¡Dios mío, no nos abandonen; nuestras fuerzas no están al nivel de estas dificultades!». «Nuestro drama va convirtiéndose en tragedia». Y, finalmente, la cruenta sentencia: «¡Que Dios nos proteja! Nada podemos esperar de los hombres».

Aun así continúan su marcha, arrastrándose desesperadamente, con los dientes apretados. Oates los sigue cada vez con mayor dificultad; es una carga en vez de una ayuda para sus camaradas. Una temperatura de 42 grados bajo cero al mediodía los obliga a retardar la marcha; el desventurado comprende y reconoce que constituye ya un estorbo para sus acompañantes.

Dispuestos están para la muerte. Pedirán a Wilson, el naturalista, las diez tabletas de mor-

fin a que han guardado para acelerar su muerte en caso desesperado.

Pero realizan otra jornada, a costas con Oates. Más tarde éste pide a sus camaradas que le ubiquen en el saco-cama y le dejen a su ventura; pero ellos rechazan obstinadamente esta proposición, a pesar de reconocer con toda evidencia que aquello significaría un gran alivio.

El congelado puede andar todavía unos pocos kilómetros aguantándose sobre sus pies helados, y de esta suerte llegan hasta el refugio más cercano.

En éste duermen. Al despertar y salir al exterior, el huracán arrecia. El enfermo se ha incorporado en su cama y manifiesta que desea salir un momento: «Estaré allí afuera un rato», dice a sus camaradas.

Todos los otros tiemblan. Conocen lo que revela aquella salida. Ninguno se atreve a oponerse, nadie se anima a estrechar su mano en la valiente despedida. Mas todos saben que el capitán de caballería Lawrence J. E. Oates, del escuadrón de dragones de Inniskilling, marcha heroico al encuentro de la muerte.

A través del páramo indefinido de hielo pétreo se arrastran tres hombres extenuados. No tienen esperanza ninguna, les guía únicamente el instinto de conservación.

El tiempo es cada vez más despiadado. Cada

depósito es para ellos una nueva decepción: ¡siempre la escasez de petróleo! Carecen de calor.

El 21 de marzo se hallan a veinte kilómetros de un depósito; el viento arrecia con tal furia que les impide abandonar la tienda. Confían de noche, esperando la mañana que les permita alcanzar la meta, y mientras tanto van concluyéndose los víveres y con ellos la última confianza. El combustible se ha concluido, y el termómetro señala 40 grados bajo cero. Se encuentran frente al dilema de elegir entre la muerte por hambre o la muerte por enfriamiento.

En un lapso de tres días los tres hombres, cobijados en la tienda, luchan contra lo imposible en el seno de un mundo ignorado.

Entonces deciden no avanzar más contra el infortunio; no darán ningún paso más y aceptarán la muerte gallardamente, con el heroísmo con que han soportado todas las demás penalidades. Se ubican en sus sacos de dormir y, de sus últimos sufrimientos, ¡ni un solo suspiro ha trascendido a la humanidad!

*

Mientras el huracán azota los frágiles muros de la tienda, en aquellos momentos en que se ve solo, cara a cara con la huésped invisible y fatal, el capitán Scott recuerda a todos aquellos con los que está unido con diferentes vínculos.

Durante aquel silencio de hielo se renuevan

sus sentimientos de fraternidad para con la nación propia, para con el universo entero. La íntima Fata Morgana de su alma va evocando en el nevado desierto las imágenes de los que un día estuvieron unidos a él por amorosos lazos de amor, por fidelidad o por amistad. A cada uno les dirige la palabra. Con las manos entumecidas, a la hora de morir, el capitán Scott dirige cartas a todos los seres vivos que ama.

Fueron escritas a los de su época, aunque sus palabras pasarán a la eternidad.

Le indica a su mujer que cuide de su tesoro supremo, de su hijo. Le ruega que le defienda y le ampare. Termina una de las más nobles realizaciones de la historia del mundo, haciendo una confesión: «Como sabes, me costaba mucho desplegar mi actividad, he sido siempre inclinado a la pereza». A un instante de la muerte se felicita de su resolución en vez de lamentarla:

«¡Cuántas cosas podría contarte de este viaje! A pesar de todo ha sido mucho mejor que lo realizase y no que me hubiese quedado en casa rodeado de comodidades».

Conmovido por la amistad más pura escribe a las esposas y a las madres de los compañeros que, caídos con él, han dado testimonio de su heroicidad. Moribundo, reconforta los hogares ajenos, conmovido por un sentimentalismo poderoso, sobrehumano, por la grandiosidad del momento y lo memorable del desastre.

Se despide también de sus amigos. Modesto en lo que atañe a él, se manifiesta orgulloso referente a su patria, de la que se siente hijo, hijo legítimo.

«No sé si habré sido un gran descubridor, pero nuestro fin será testimonio del espíritu valiente, de la resistencia al sufrimiento, que no se han extinguido en nuestra raza».

La Parca le arranca finalmente la confesión de amistad que en todo el proceso de su vida le impidió exponer la rigidez humana, y la timidez del espíritu:

«Nunca, durante todo el curso de mi vida, encontré a un hombre que me inspirase mayor afecto y admiración que usted, aunque no tuve ocasión de demostrarle lo que para mí su amistad significaba, pues usted tenía mucho que dar y yo no podía corresponderle».

Más tarde escribe una última misiva, la más hermosa de todas, dirigida a la nación inglesa. Se obliga a manifestar que, en aquella lucha por la victoria de Inglaterra, sucumbe exento de toda culpa. Enumera los tropiezos conjurados en contra suya; con una voz que el eco de la muerte hace patética, solicita a todos los ingleses suplicando que no abandonen a sus huérfanos. Su criterio se encumbra por encima de su propia suerte; su última manifestación no se refiere a él, sino a la vida de los demás:

«¡Por el amor de Dios, no desamparéis a los que quedan!».

Otras páginas quedaron en blanco...

Cuando llega el instante supremo, hasta que el lápiz se escapa de sus dedos helados, el capitán Scott continúa redactando su diario cronológico.

La confianza de que al lado de su cuerpo serán recogidos aquellos mudos testigos de su valor y del de la raza inglesa, fue el estimulante que le mantuvo y le permitió realizar el sobrehumano esfuerzo.

Una postrera frase trazada con caracteres temblorosos, a causa de la resistencia de los dedos congelados, manifiesta el último y supremo afán:

«Remítid el diario a mi esposa». Reaccionando su mano, impelida por cruenta certeza, borra la palabra «esposa» y escribe: «a mi viuda».

LA CONTESTACIÓN

Los camaradas aguardaron algunas semanas. Primero llenos de esperanza, más tarde inquietos; finalmente se sintieron a merced de una angustia febril.

En dos ocasiones fueron enviadas expediciones de socorro, pero el mal tiempo las obligó a retroceder.

Permanecieron los expedicionarios durante el invierno en la choza, sombríos, con los corazones angustiados por el presentimiento de la catástrofe. Durante todos aquellos meses la hazaña y la suerte del capitán Scott permanecieron en el silencio, enterrados bajo la nieve. El hielo los encerró en una bóveda de cristal y los guardó celosamente.

El 29 de octubre, al comienzo de la primavera austral, se inició una expedición con el objeto de descubrir, aunque más no fuera, los restos de los héroes y sus comunicados.

El 18 de noviembre logran arribar a la tienda, encontrando en ella los cadáveres de los desventurados, metidos en los sacos-cama.

Scott está abrazado con Wilson, como protegiéndole todavía en la muerte.

Recogen las cartas y los documentos. Antes de regresar cavan una fosa para las inmoladas víctimas. Una cruz negra, simple, en la cima de un montón de nieve, descuella solitaria en aquel mundo blanquecino que guarda en su seno una de las más heroicas proezas de la humanidad.

¡Pero nó! ¡De un modo inesperado y maravilloso sus hazañas resucitan! ¡Sorprendente milagro de la técnica moderna!

Los compañeros conducen a la patria las placas y las películas. Consiguen por un baño químico revelar las escenas que ellas guardan,

y de nuevo aparecen Scott y sus camaradas de peregrinación por las tierras glaciales, que, aparte de ellos, únicamente Amundsen pudo admirar.

El telégrafo difunde sus palabras y sus notas por todo el perímetro del admirado universo, y en la Catedral inglesa dobla el rey sus rodillas ofreciendo laudatorio homenaje a los héroes.

De ese modo vuelve a ser fecundo aquello que suponíase estéril. El sacrificio vano es una invitación vibrante al mundo, una exhortación dirigida con todas las fuerzas hacia lo inasequible.

En el magnífico esfuerzo de una heroica muerte florece una vida espléndida; de la ruina total nace el propósito de encumbrarse a lo infinito.

Únicamente la ambición se enciende en la llama del éxito, de la fortuna, del fácil logro.

Nada hay que agite tanto los pechos como la muerte de un sér en su lucha contra el azar oculto del Destino.

¡Ejemplo sublime, suprema tragedia de todos los tiempos, evocada de vez en cuando por algún poeta y estampada mil veces por la vida!

Saludemos a Inglaterra!

(Traducido de *Pour la France Libre*, Buenos Aires).

Sola como está, en la defensa de la libertad del mundo, Inglaterra nunca ha sido más grande que hoy. En pie se halla, armas al hombro, en esa roca profundamente cortada que a un tiempo le sirve de zócalo y de muralla, y que es hoy el último baluarte del Occidente. Agrupa en torno suyo sus hombres, sus cañones, sus naves y sus aviones. No necesita apelar al ánimo esforzado de sus hijos, que de él están poseídos plenamente.

De todo se han valido para debilitarla y desacreditarla. La rabia de pueblos inferiores trata de amotinar en contra suya a los hombres libres, despertando viejas querellas, suspicacias antiguas. Mucho tiempo los Estados Unidos acogieron las voces pérfidas que les aconsejaban alejarse de ella. Héte aquí que la Francia le falla, en circunstancias horribles que la historia aclarará algún día. En el desierto de olas, en medio de una dilatada soledad, la Inglaterra se yergue tan alta como es.

Recordemos lo que por el mundo ha hecho, desde el día en que los normandos de Francia la incorporaron al concierto de los pueblos de Occidente. No sólo ha echado los cimientos de

las libertades públicas. Constantemente se ha alzado contra toda tentativa de dominio por la fuerza, contra todo atentado al equilibrio y a la medida. Todo esfuerzo por instalar en Europa un despotismo asiático se ha topado con la resistencia de esta roca, y en ella se ha hecho pedazos. Fue el escollo de Felipe II, de Luis XIV, de Napoleón, de la Alemania imperial. Ha expulsado o decapitado las dinastías que querían falsear el sentido de su historia. A los pueblos distantes de que es la madre, en las riberas en donde ella ha colocado el trabajo y la esperanza del hombre blanco, les ha prometido la libertad. Es un imperio, pero compuesto de repúblicas. Es una aristocracia, pero se renueva a largos trazos en las capas profundas de la nación. Es un país viejo, con un gran pasado, pero sin él no hay porvenir posible para los hombres. Su derrota significa el mundo modelado a la servidumbre, la ruina de las dichas privadas y de las prosperidades colectivas, la marca creciente de la estupidez, la propagación del Evangelio Negro.

Mil imágenes se presentan en nuestro espíritu. Hé aquí a Lord Heathfield, pintado en hábito negro por Reynolds, en su mano grande la llave grande de Gibraltar. Hé aquí a Arturo Wellesley, de pie detrás de las líneas fortificadas de Torres Vedras, rincón perdido de la península ibérica, en donde contiene y balancea la fortuna de Bo-

naparte antes de destruirlo. Hé aquí la dilatada fila de dogos del mar que a través de la bruma, de la tempestad y los combates, montaron guardia secular en torno de las islas. Oigo la voz ronca de Churchill, en quien cada palabra es de un metal romano. Y vuelvo a ver también mis mañanas inglesas, las ciudades reducidas en donde se desembarca, provincianas, apacibles, otro aspecto de la patria. Desde luego siento los golpes que las van a maltratar, como los que han herido a las ciudades de Francia. Pero serán estos hombres y estas ciudades y este país los que terminarán con los delirios de Alemania, los que conducirán a la norma humana a las tribus de la edad de los metales, los que asegurarán el triunfo de la historia sobre la prehistoria.

En el momento en que Francia deja caer las armas de sus manos desgarradas, se vuelve hacia la Gran Bretaña con el corazón limpio de todo sinsabor.

¡Saludemos a la intrépida Inglaterra, de pie en los combates, frente a la guerra, de cara a la noche!

HENRI FOCILLON

Profesor del *College de France*

22 junio, 1940.

(De *Repertorio Americano*)

Notas del Director

Cuando comenzó la guerra en Europa, una oleada de asombro se extendió por el mundo. En el fondo de este asombro había mucho de admiración hacia la máquina de guerra de Alemania. ¡Qué organización tan precisa y formidable!—se oía decir por todas partes. Pero ahora, cuando las noticias de los cables han sido sustituidas por los relatos orales y los escritos de varios testigos de los sucesos ocurridos en los años que precedieron a las invasiones y en el momento de realizarse éstas; ahora que todos estamos mejor informados, el sentimiento de admiración ha sido reemplazado por el de la indignación. Lo que creímos obra de la superioridad militar ha resultado ser, sobre todo, obra de un plan de perfidias políticas verdaderamente detestables, perfidias que no han sido tan sólo de Alemania.

*
**

Mientras tanto, aquí en la casa de América seguimos sin novedad, con nuestros hombres de «cuarenta años». Medianos. Desorientados. «Demócratas».

*
**

Con las palabras sonoras de *libertad de imprenta*, encubren nuestros diarios su carencia de ideales o su mercantilismo. Tenemos hoy en San José periódicos que son un renacimiento de los antiguos pasquines, cuadernos de páginas en contradicción y abierta pugna las unas contra las otras!

*
**

No confundamos la falta de criterio del simple vendedor de papel impreso con la amplitud de criterio, juiciosa y refrenada, de quien ha meditado sobre todos los asuntos humanos.

No confundamos el campo de las ideas y opiniones hijas de una convicción y expresadas seriamente, con el campo de las afirmaciones licenciosas y desautorizadas.

*
**

Nuestros gobernantes, tan enamorados de las cortapisas y reglamentos, han creído pasar gloriosamente a la Historia creando el libertinaje de la Prensa. Disfruta ésta del privilegio de poder moverse fuera de la órbita del Derecho: propalar noticias falsas, provocar alarmas graves—sin fundamento—, esparcir profecías estúpidas, atacar el honor de las personas y el crédito de las empresas. Si nuestra prensa no hace todo el mal que podría hacer, no es por previsión del Gobierno; es porque tenemos la buena suerte de que nuestros periódicos más importantes estén hoy dirigidos todos por personas honradas y deseosas de servir al país. Descuidadas a veces, pero nada más.

*
**

Como dice Le Bon, «observadas en la mayor parte de sus actos, las multitudes dan pruebas, con mucha frecuencia, de una mentalidad singularmente inferior; pero esta misma inconsciencia es acaso uno de los secretos de su fuerza». «En la Naturaleza, los seres sometidos exclusivamente al instinto ejecutan actos cuya complejidad nos asombra». El instinto es una herencia biológica. Por consiguiente, ahí donde no quepa hablar de herencia, no se espere ayuda o su-

gestión de parte de lo inconsciente o de lo instintivo. En una elección política, por ejemplo, estos resortes nos engañan casi siempre. En general, si hay algo bien probado es la incapacidad de las multitudes para su propio gobierno.

*
**

Las frutas constituyen una clase de alimentos de primer orden. ¡Resabido! Pues bien, el Gobierno de nuestra República importa alcohol de Cuba y compra en grande las exquisitas frutas de nuestro mercado interior, para convertirlas en menjurjes alcohólicos, que no alimentan y envenenan!

*
**

¿No tiene usted un nieto o un hijo en alguna escuela pública? ¿Cuánto le cuesta en útiles, uniformes y pamplinas, en contra de la Constitución que ordena que la enseñanza primaria debe ser gratuita? ¿Y qué hace usted cuando su niño le trae el «cuaderno de notas» para que lo firme? ¿Entiende usted la pedantesca lista de cosas en que aparecen las calificaciones del niño? Antes de la firma del maestro, viene una advertencia. Por ejemplo: «El alumno X Z debe esforzarse mucho en matemáticas y ortografía, si desea no perder el año». ¿Conque un chiquillo normal que asiste con toda regularidad a la escuela puede perder el año si no hace solito un esfuerzo que es imposible a su edad? ¿Cómo se esfuerza un chiquillo? ¿Es él quien ha de esforzarse o debe serlo la escuela? Llevamos ya muchísimos años de este mal andar de nuestras escuelas. Cambian los gobiernos, pero no asoma nunca el hombre fuerte y entendido que reclama nuestra enseñanza primaria. ¿Y qué decir de la segunda enseñanza?

*
**

El amor al libre examen y a la libertad máxima dentro de la justicia, nada tiene que ver con la democracia. La admirable Inglaterra de los siglos pasados ha sido políticamente aristocrática. No olvidemos las palabras de Taine: nada es más exacto: habla de la construcción política de Inglaterra:

«Observad los cimientos de semejante construcción; se funda ella en el número, la fortuna, la capacidad, la resistencia, la probidad y autoridad de *toda la clase superior*. Toda Europa ha ensayado con más o menos éxito el sistema inglés, pero la constitución de un Estado es algo orgánico, como la de un cuerpo viviente, y otro no puede asimilárselo, ni sería dable copiar más que lo exterior. Admiramos la estabilidad del gobierno inglés porque él está en la extremidad y es el coronamiento natural de infinidad de fibras vivientes apegadas al suelo en toda la superficie del país. En cada comuna, en cada condado existen familias alrededor de las cuales las otras se agrupan y los hombres importantes, los *gentlemen*, toman la dirección y la iniciativa, porque gozan de prestigio y son designados de antemano por su rango, por su fortuna, servicios y educación, como *capitanes natos* que reúnen a los soldados dispersos para reconstruir un ejército».

Pero Inglaterra ha sido intensamente contaminada por el democratismo en los últimos treinta años, contaminada y, consiguientemente, debilitada. ¿Podrá así resistir la guerra que le hacen tantos pueblos a la vez?

Tampoco es fácil prever quién va a salir ganancioso en fin de cuentas ¡No creo que sea América!

*
**

Se dijo en otro tiempo, y muy bien dicho, que las «novelas históricas» ni eran novelas ni eran historia. Había que ponerlas—como a los bellos cuentos de hadas—lejos del alcance de los niños. Peores son hoy las historias novelescas en que los autores completan a su gusto y manera las biografías de los personajes que caen en sus garras, llevando su poético atrevimiento hasta rellenar el relato con escenas de familia que no sucedieron o que nadie vio.

Es una sentencia la que expresa Stefan Zweig cuando dice: «La Historia no requiere el auxilio de ninguna mano». Y el historiador que mete su mano no es historiador.

Anecdotario

POR JULIO VIVES GUERRA

Delio Seraville.—Aún está fresca la fosa de Delio Seraville, como estarán por siempre frescas las ramas de laurel que desgajó en el bosque sagrado de la Poesía y como por siempre fresco estará su recuerdo en el alma de quienes supimos quererlo, estimarlo y admirarlo.

Seraville no cultivó su fama con recitaciones soporíferas de rebotica, ni con improvisaciones fiambres a quince días vista, ni con ditirambos a personajes de sobretapete.

Escribía por eso: porque escribía, sin pensar en que fuese leído o no. Sin embargo, no habrá en Colombia una sola persona medianamente aficionada a la poesía, que no sepa de memoria por lo menos una estrofa de aquel poeta, de quien puede aseverarse que fue el mejor sonetista del país, pues sus sonetos, cuando no llegaban, se acercaban a la perfección que exigen los tratadistas, por la elegancia y nitidez de la hechura, y porque cada uno de ellos es un poema rotundo de catorce versos, sin palabras holgazanas, sin expletivos de cuña y sin ripios estorbosos.

Hay una composición de Seraville, de confección un poco singular, cosa extraña en él, tan poco dado a los escarceos métricos.

Esos versos los improvisó Seraville en el año de 1909, si no ando mal de datos y de recuerdos.

Hallábase en Venezuela, desterrado por el gobierno del general Rafael Reyes, cuando llegó a Caracas, en uno de sus muchos viajes, el poeta errante Justo Pastor Ríos. El día en que éste regresaba a Colombia, fueron con él a La Guayra algunos amigos, entre ellos Seraville.

Mientras llegaba la hora de la partida del buque, entraron los amigos en un restaurante a departir, y en la conversación preguntó Ríos:

—Bueno, Seraville, y qué me das para tu tierra?

—No te doy un ósculo porque te quedas con él—contestó riendo Seraville.

—No me quedo con él sino que lo entrego religiosamente, si el ósculo es para alguna novia tuya—repuso Ríos.

—A propósito de novia, se me ocurre escribir unos versos para que los tengas en cuenta cuando llegues a Colombia.

—Me parece magnífico.

—Está bien; pero los versos no los leerás sino cuando tu buque haya partido.

—Cumpliré tus órdenes.

Abstrájose un momento Seraville y escribió estos versos, que son un sollozo de nostalgia, que Ríos guardó en el bolsillo y que después leyó conmovido en el buque:

«Camarada

que vas a mi país triste y lejano,
tú que regresas vencedor y sano
hablarás con mi amada... con mi
amada!

Antes de que abandone tu navío
la ribera,
llévale de mi muerta primavera
todas mis ilusiones, lo que es mío!

No me digas que vuelva...
Inútil ruego!

Cabalgaré otro mar y otro oleaje.
Camarada, un buen viaje!
Camarada, un buen viaje... y
hasta luégo!

Y por Dios, no les digas mi
pobreza
en el pueblo natal a mis amigas,
y a mi novia doliente no le digas
mi tristeza!».

Rosarito y el Juez.—Daniel Gil Lemos, como lo sabe todo aquel que en Colombia haya sido lector de prensa, fue un poeta de Popayán—tierra de poetas, digámoslo de paso y por homenaje a la verdad.

Gil Lemos, como el personaje de *La Casa de la Troya*, era capaz de «hacer versos en el aire». Pocos repentistas en Colombia han poseído la pasmosa facilidad que él tenía para improvisar.



sar, ni la agudeza de ingenio que mostraba en toda ocasión.

En los juzgados y otras oficinas públicas que, en su profesión de abogado, necesitaba Gil Lemos recorrer diariamente, iba dejando una estela de improvisaciones y coplas ingeniosas, que los empleados copiaban y conservaban, con las cuales podría hacerse hoy un razonable volumen.

Era juez del circuito de Popayán el doctor N. Mera y tenía en su juzgado un valioso pleito relativo a una hacienda llamada «La Novillera», cuya propiedad se disputaban dos individuos, de uno de los cuales era abogado Gil Lemos.

Después de algunos años de «papeleo», sentencias parciales, autos de sustanciación, etc., el doctor Mera sentenció en contra de la parte patrocinada por el poeta.

Cuando éste le informó a su poderdante que el doctor Mera había fallado en contra, aquél le preguntó, muy cogitabundo:

—¿De modo, doctor Lemos, que perdimos el pleito?

A lo cual contestó el abogado:

«Se perdió La Novillera,
se perdió sin remisión,
y es por un auto de Mera...
de mera sustanciación».

Defendía Daniel Gil Lemos a una muchacha del pueblo llamada Rosario López, muy bonita

ella—cualidad comunísima en las mujeres de Popayán—; pero la hermosura de la rapaza no era inferior a su mal carácter, pues por un quítame allá esos novios, le había roto de una pedrada la cabeza a una rival.

Alguna vez entraron Gil Lemos y su defendida en el juzgado, con el fin de recibir una notificación y, una vez despachada la diligencia, la sindicada se retiró y su abogado se quedó en su oficina.

—¡Caramba, Daniel!—le dijo el juez—, tiene usted una clienta muy bonita.

—Se hace lo que se puede—contestó Gil Lemos.

—¡Y qué cabeza! Tiene una cabeza de madona—repuso el secretario, que era muy dado a las comparaciones poéticas.

—Lo que tiene es un cuerpo de Venus—añadió el oficial mayor, más rijoso que los otros.

—Cuerpo y cabeza, todo en ella es bonito—replicó el juez, en quien, por lo visto, las Pandectas no habían ahogado el lirismo de la adolescencia.

Entonces Gil Lemos sentóse al escritorio e improvisó esta cuarteta:

«Esta niña Rosarito,
muchacha de poco seso,
tiene cuerpo de delito
y cabeza de proceso».

Blasfemia rimada.—Todos saben que Candelario Obeso, el desventurado poeta, «se sentía grande por la inteligencia, pero la piel negra le quemaba como un baño de fuego».

Desde que llegó a Bogotá el negro Obeso se enamoró de una hermosa niña de la aristocracia, a la cual dedicó sus más bellos cantos y para quien publicaba un periódico de amor que se llamaba *Lecturas para Ti*.

Naturalmente, la amada del poeta negro así se acordaba de ese amor como de las nubes de antaño, y llevaba su aristocrático desdén hasta convertir a Obeso en rey de burlas cuando de ese amor le hablaban sus amigos y sus amigas.

Supo todo ésto Antonio José Restrepo, amigo íntimo y condiscípulo del poeta negro, y le dedicó las quintetas que todo el mundo sabía de memoria y recitaba en aquellos tiempos:

«No más cantos, no más... Si la hermosura
por otro, no por tí, de amor suspira;
si no hay para tu negra desventura
una sola mirada de ternura
que haga vibrar las cuerdas de tu lira;
si tu alma de poeta su ambrosía
esparce en las arenas del desierto;
si tu eterna y tenaz melancolía
no ha de trocarse nunca en alegría;
si náufrago tu amor no hallare puerto;
si las flores que arrancas a tu mente

para guirnalda de su sien de diosa
son holladas con planta indiferente;
si no ha de refrescar tu mustia frente
el rocío de su alma candorosa,
écha sobre su cuerpo una mortaja,
tóma las vestiduras de un querube,
que, del revuelto mundo en la baraja,
ella es la carne que al sepulcro baja,
tú eres el genio que a la gloria sube.

Estos versos fueron y son conocidísimos; pero la respuesta es menos conocida, por lo cual, como complemento de la sonora composición del doctor Restrepo, la reproduzco hoy. Dice así:

Dices que no me quiere, que la olvide...
¿Sabes lo que es amor?
¿Sabes lo que me pidés?...
Si el mismo Dios me dice que la olvide,
le digo a Dios que nó!...
Y si en castigo a mi blasfemia impía
me la quita veloz,
entonces me suicido, voy al Cielo,
¡y se la quito a Dios!

Miscelánea

Debemos amar a la patria, pero también revelarle sus faltas. El ciudadano más peligroso, en un país, no es el que todo lo critica, sino el «patriota» superficial y necio que todo lo alaba.

J. B. PRIESTLEY

Eminente químico inglés del siglo XVIII, autor de grandes descubrimientos, entre los cuales están el del oxígeno y el del nitrógeno.

*
* *

Decidme, escribe Caillaux, vosotros los que tenéis en los labios a toda hora las grandes palabras de ciencia, progreso, técnica, ¿de dónde viene esta desproporción entre la producción y el consumo? ¿Por qué no se ha encontrado aún el medio de terminar esta insensatez, digna de un asilo de alienados? Porque se prefiere la demagogia a la realidad; porque no hay valor para tomar el problema cuerpo a cuerpo y resolverlo en la única forma posible: por el retorno al liberalismo, tomado en su sentido más amplio.

*
* *

Solemos juzgarnos por lo que nos sentimos capaces de hacer; pero la gente nos juzga por lo que hemos hecho.

LONGFELLOW

*
**

A propósito del reciente cumpleaños de Maeterlinck, escribe Fernando Greghe:

Hermosa vida armoniosa ésta, que comienza por la poesía más temblorosa y acaba por la filosofía más serena. La duda Maeterlinckiana no sabe más sobre el Universo que la de Montaigne; pero ante el misterio conserva la dignidad de pensamiento y coincide con Pascal en el respeto a la grandeza humana. Tales ejemplos son buenos para meditar en una hora en que el torbellino de la barbarie haría dudar de los destinos de la especie sobre el planeta, y bueno es que esta lección nos venga de un gran ciudadano de una nación invadida por segunda vez contra toda justicia y toda fe jurada, traicionada por su propio rey, y de la que Maeterlinck es gala y honor.

*
**

Cervantes.—Llaneza, muchacho: no te encumbres, que toda afectación es mala. (*Quijote*, II, XXVI).

France.—Las tres grandes condiciones del escritor deben ser: ante todo la claridad, después la claridad, y, por fin, la claridad. (*La vie littéraire*, 1, 54).

Montaigne.—La rebusca de frases nuevas y de vocablos casi desconocidos, proviene de una

ambición escolástica y pueril. Yo quisiera usar tan sólo el lenguaje de los mercados de París. (*Essais*, I, XXV).

Refiere un pedagogo francés que en cierta ocasión un niño de aldea, a quien su padre castigaba por causa fútil, exclamó:

«¡Ah! ¡Si el maestro lo supiera!».

El brazo que castigaba se detuvo, porque el padre pensó:

«Sería capaz de contárselo».

El pensamiento del niño se volvía en su tribulación al maestro, como a la justicia misma, y la invocación hacía reflexionar al padre.

¡Qué homenaje para un hombre! ¡Qué gloria!

Cuando existan maestros así en cada pueblo se comprenderá lo que significa la escuela. Entonces será una hermosa realidad el pensamiento del ilustre repúblico español Manuel Ruiz Zorrilla:

«*El buen maestro de escuela es el primer magistrado de la nación*».

(De *Ariel*, No. 75).

*
**

El derecho de gentes se funda naturalmente en el principio de que las diversas naciones deben hacerse el mayor bien en tiempo de paz, y el menor mal posible en tiempo de guerra, sin perjuicio para sus verdaderos intereses.